

LA GEOPOLITICA del Pacífico

Pío García

Las economías más prósperas del Pacífico adelantan una renovación notable de su equipamiento militar. Singapur negocia con Estados Unidos la adquisición de 18 aviones F/A18, tipo Hornet. A la compra de esta flotilla se agregarán misiles Sidewinder y Sparrow, municiones y otros implementos bélicos. Malasia trata de hacerse a ocho unidades del sofisticado bombardero norteamericano y 28 Hawks británicos. Se sabe que el país asiático ha avanzado en un contrato con Rusia para adquirir bombarderos MIG-29, por un valor de US\$600 millones, que en parte pagará con aceite de palma.

Singapur, Indonesia y Filipinas tienen interés en comprar este mismo tipo de aviones. Indonesia adquirió la mayor parte de la flota naval de Alemania Oriental. China ha modernizado su aviación con la compra de 96 aviones de combate rusos (72 SU-27 y 24 SU-31) y continúa con sus ensayos nucleares, como la detonación subterránea que acaba de realizar en junio de este año.

Taiwán está empeñado en adquirir tecnología militar de Estados Unidos y Francia, como complemento a su desarrollo en este campo. En medio se halla la querrela entre la Agencia Internacional de Energía Atómica y varios países liderados por Estados Unidos con la República Popular Democrática de Corea, sobre las maniobras del país asiático encaminadas a producir bombas atómicas.

La otra dimensión

Menos analizada y pregonada es la dimensión estratégica, en la cual también el Pacífico está adquiriendo un papel de primer orden en el sistema mundial contemporáneo. No es una novedad hablar de la Cuenca del Pacífico como epicentro del quehacer económico planetario. Durante la década pasada desplazó al circuito del Atlántico como primer escenario industrial y comercial y en ésta se agudiza la competencia por la supremacía en el campo financiero y en el dominio de la alta tecnología.

Tanto poder industrial y tecnológico en manos de numerosos países con intereses estratégicos difusos crea un ambiente incierto por las bondades y sinsabores a los cuales pueda conducir. Teniendo en cuenta la existencia de mecanismos de concertación económica, como el Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PECC), con sus 22 miembros, o el foro para la Cooperación Económica de Asia y el Pacífico (APEC), que pretenden alentar una comunidad pampacífica, ¿marcha este movimiento en contravía de los intereses estratégicos y pueden socavarlo? ¿asistimos de nuevo a una palpable conversión del poder económico en poder bélico? ¿se hallan ciertas zonas del Pacífico, como el oriente de Asia, en una carrera armamentista de grandes proporciones, con efectos inimaginables sobre el nuevo orden mundial? ¿cuáles son las implicaciones para los programas de cooperación económica y las perspectivas de bienestar social, basándose en un comercio intenso en el Pacífico? ¿es viable la creación de un organismo de seguridad colectiva para los países de la Cuenca Pacífica?

Durante la guerra fría, el Pacífico tuvo una experiencia doble y contrastable, pues mientras una parte soportaba la dolorosa pugna entre las grandes potencias militares, la otra permanecía al margen y más bien disfrutaba los dividendos de la paz. La posguerra fría llegó con una gama de opciones estratégicas para los países ribereños del inmenso mar, que se sumó a las capacidades de influencia externa adquirida por la rápida transformación industrial de esa región. Al parecer, en medio del dinamismo económico tan intenso de la Cuenca Pacífica, la dimensión estratégica y de los intereses geopolíticos¹ aparecen encubiertas. Objetivos definidos para mantener o ampliar la capacidad de injerencia política o militar en el área no están ausentes en los propósitos inmediatos de muchos países de la región. Fuerzas múltiples alientan, a la vez, el surgimiento y la contención de conflictos en algunas áreas sensibles del Pacífico. Aunque el derrumbamiento del orden bipolar abrió las posibilidades de contienda por las zonas de influencia, y es Asia precisamente una de las áreas más vulnerables y más propensas a la inestabilidad, en un movimiento contrario la seguridad regional aparece estimulada por la cooperación económica en los diversos organismos que para tal fin se han creado.

En este artículo se indaga la correlación de las fuerzas políticas y militares en la Cuenca del Pacífico y su incidencia en el reordenamiento del sistema estratégico planetario. En primer lugar, se presenta la estructura del poder en torno al Pacífico durante la postguerra hasta el colapso de uno de los bloques, después se caracterizan los cambios que ocurren en Asia oriental y se advierten sus implicaciones sobre la dinámica económica, política y estratégica de toda la Cuenca.

Más y menos pacíficos

En una visión general del Pacífico, lo primero que se advierte es su diversidad cultural, económica, política y, por ende, estratégica. Las diferencias en cuanto al territorio, acopio de recursos naturales, desarrollo in-

dustrial, avance tecnológico o legitimidad institucional son marcadas: sumada la producción industrial de 16 pequeños estados insulares del Pacífico sur no alcanza a igualar al 1% de la producción de Japón o Estados Unidos; las exportaciones anuales de las seis repúblicas centroamericanas equivalen a un mero 10% de las exportaciones de Taiwán o Hong-Kong; economías de extracción en Nueva Guinea, Filipinas o parte de Indonesia contrastan con la alta tecnología manipulada por sus vecinos malasio o singaporenses; en poder militar, sobresalen Estados Unidos, Rusia, China, mientras la capacidad de la mitad de los países pertenecientes a la Cuenca es irrisoria. Sin embargo, aun entre estos Estados mayores, la estabilidad política de Estados Unidos es notoria frente a los vaivenes que han sufrido China y Rusia.

Estas desigualdades también son regionales y se extienden al campo geopolítico. En términos estratégicos, la historia reciente ha configurado tres grupos en el Pacífico: el americano, el asiático y el oceánico. Esta triple división se superpone a la separación geográfica entre el Pacífico oriental, el Pacífico sur y el Pacífico occidental. La larga pugna de los poderes mayores tuvo una incidencia disímil alrededor del océano. Los efectos variaron de una región a otra. Mientras el Pacífico americano permaneció al margen del conflicto, el Pacífico oceánico lo conoció en una forma parcial; por el contrario, el Pacífico asiático fue el escenario de una contienda amplia y sangrienta, cuyas ramificaciones van más allá del período de la guerra fría, lo demuestra la persistencia de los conflictos en las penínsulas indochina y coreana.

La crisis de los cohetes en Cuba, en 1962, representó un momento álgido de la confrontación entre las superpotencias. Por unos días, el mundo estuvo al borde de una catástrofe ocasionada por el enfrentamiento con material atómico. No obstante la ocurrencia de este hecho en el Caribe, el Pacífico americano estuvo prácticamente al margen del conflicto este-oeste. Salvo incursiones guerrilleras en los países andinos, la influencia de Moscú o de Pekín fue esporádica y soslayable. El poder militar y político de

Estados Unidos cumplió una función disociadora de la penetración militar extracontinental durante la guerra fría. En realidad la cooperación militar en América ha operado con éxito.

Para lograr lo antedicho ha sido útil el aprovechamiento de tres factores: la separación física del hemisferio occidental, la afinidad cultural y el aprovisionamiento institucional.

El primero de ellos es evidente y ha servido de barrera protectora más de una vez. La separación natural de Europa propició el diseño y aplicación de la doctrina Monroe, en 1823, en el momento mismo en que las naciones americanas vivían los albores de la vida republicana. Posteriormente permitió cerrar filas contra los intentos de alianza favorable a los países del Eje; durante la segunda guerra mundial, alemanes y japoneses buscaron, sin mayor eco, abrir flancos desde Centro y Sur América.

En segundo lugar, la lejanía de otras culturas decantó cierta identidad cultural, sobre la base de una conciencia de «nuevo mundo». Desde la independencia de Europa, los pueblos americanos se han tomado un conjunto de valores que consideran les son más característicos, a saber: la idea de democracia moderna, las instituciones políticas presidencialistas, la tolerancia ideológica y el liberalismo económico. A pesar de que estas ideas surgieron primero en otros confines, hubo una apropiación americana de ellas.

En tercer lugar, con la tutoría de Estados Unidos se ha sostenido el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, que es la cooperación militar extendida a todas las Américas. A pesar de las incongruencias temporales, ha demostrado ser un mecanismo capaz de generar una dimensión estratégica convergente. Es un medio institucional militar, derivado de la experiencia obtenida por más de un siglo de cooperación política.

En este contexto, la mayoría de los países americanos y, por ende, los del Pacífico, no han tenido la

necesidad real de desatar carreras armamentistas contra enemigos externos. Por supuesto, se han dado fases de renovación de equipo o de presión militar sobre los vecinos, pero sin una duración apreciable. Como sucedió en el Perú de Velasco Alvarado, esta alternativa en gran medida tuvo que ver con los imperativos por legitimar una forma autoritaria de gobierno. En el presente siglo, Estados Unidos ha soportado la mayor carga de la defensa del continente y éste no se ha molestado con esa «paz americana».

Una situación similar ha vivido la zona del Pacífico sur, en la posguerra. Este Pacífico oceánico posee dos grandes grupos de países dispares, pero con intereses convergentes. El primero está compuesto por Australia y Nueva Zelanda, y el segundo por el numeroso conjunto de estados y microestados vecinos. Son 15 entidades independientes políticamente de sus metrópolis y supeditadas económica y políticamente a los dos estados mayores. En la medida en que la mayor parte del archipiélago estaba conectado a potencias extrarregionales, no tuvo oportunidad de desempeñarse como actor definido y autónomo durante la guerra fría. Por el contrario, Australia y Nueva Zelanda erigieron, junto con Estados Unidos, un escudo protector: el acuerdo militar Anzus, del cual Nueva Zelanda, país que tiene una estricta política contra la proliferación de armamento nuclear, se ha marginado en algunos de sus aspectos, a raíz de la ley de 1987 que dispuso que Nueva Zelanda fuera una nación desnuclearizada. La renovación y ampliación de equipo en Australia no parece provocadora. Este país aumentó a 75 aviones su flota de F/A 18, e incrementa en seis más el número de submarinos de combate, está instalando dragaminas, mientras adiestra nuevos batallones y mejora su red de radares. Todas estas medidas tienen una función preventiva y las justifica la necesidad de evitar un posible bloqueo a las rutas marítimas que pasan por el norte de su territorio, las cuales le son vitales.

El retiro paulatino de Estados Unidos, iniciado con el desalojo de las bases militares en Filipinas, alienta el traspaso de la defensa regional del Pacífico sur a

sus propios países miembros, y de manera especial a los dos con mayor capacidad de contención: Australia y Nueva Zelanda. El Pacífico oceánico puede ser catalogado como una zona de conflictos bajos y en transición estratégica.

A diferencia de las dos regiones anteriores, en el Pacífico occidental, que corresponde al borde oriental de Asia, las pugnas han sido hasta ahora numerosas, y variados y dispares los movimientos hacia la nueva composición del poder militar. Por este motivo, merece un análisis más detenido.

La reubicación estratégica en Asia oriental

Desde la caída del muro de Berlín surgió la tendencia al recorte en los gastos militares y a la disminución en las compras de las armas estratégicas y convencionales. Este cambio no se cumple en la mayoría de países del Pacífico asiático.

Pertenece a esta categoría las negociaciones taiwanesas con Francia para adquirir 60 aviones Mirage 2000 y 150 F-16 estadounidenses; las solicitudes que el gobierno de Pekín adelantó para comprar un costoso portaaviones a Ucrania; la adquisición de la flotilla naval de Alemania del Este por parte del gobierno indonesio; la instalación de baterías antimisiles Patriot en Surcorea; la concentración de los cuatro mayores presupuestos de defensa en potencias del océano: Estados Unidos, Rusia, Japón y China.

Pero, si se acabó la guerra fría, ¿para qué seguir armándose? ¿por qué no aprovechar ese ahorro posible para propósitos más nobles?, preguntan, con toda razón, los analistas.

Existe una expansión militar innegable en el Pacífico asiático, como en general en todo ese continente. Esta tendencia es auspiciada por un manejo mayor de

recursos por parte de los Estados, en razón del ensanchamiento de sus economías, al modo de Malasia, Singapur, Tailandia, Indonesia, China o Japón.

En cambio, los países con crisis económicas muestran dificultades hasta en el mantenimiento de sus arsenales. Es el caso de Vietnam, que ha ido disminuyendo sus tropas y los recursos dedicados a la defensa. El más patético es el de Rusia. El estado de su flota del Pacífico es caótico.

Varios son los motivos que incitan a los gobiernos de Asia Pacífico a ampliar y mejorar su defensa. Todos ellos no son necesariamente desestabilizadores.

--Estos países que tienen fuertes vínculos con el exterior deben garantizar las vías para el suministro de los insumos industriales o alimentos y la exportaciones de bienes. Hay zonas estratégicas, como el estrecho de Malaca, paso obligado del comercio; un valor similar tiene el mar de Sur de China, y en menor medida, el estrecho de Taiwán, área de riesgo en un momento de conflicto abierto entre China y ese territorio isleño.

--Se hallan los coletazos del anterior orden mundial. En el oriente de Asia la guerra fría aún no ha terminado. Corea del Norte sigue defendiendo unos objetivos y un sistema económico y político ya revaluados en otros lugares donde se ensayó. La tensión en la península coreana cumplió 45 años, y algunos puntos de vista de las partes en conflicto no han variado.

--Subsisten las tensiones internas por la disputa del poder, propulsadas por cuerpos subversivos, comunistas y separatistas. Son los casos de Camboya, Filipinas y Birmania. En esos países, los gobiernos tratan de preservar las instituciones, sofisticando los medios puestos al alcance de sus ejércitos.

--Están las disputas territoriales. En el mar de Sur de China se encuentra el archipiélago Spratly, un conjunto de islas de valor estratégico por estar ubicado

en medio de una vía marítima obligada del comercio intercontinental y por albergar, además, minerales y energéticos. Su soberanía es reclamada por los gobiernos de Brunei, Filipinas, Malasia, Taiwán, Vietnam y China.

--Esto es muy importante: está la propia dinámica económica, porque avala una forma de armamentismo que no necesariamente busca la inestabilidad geopolítica. El material militar avanzado es un componente de una política industrial, la cual pretende utilizar este medio para adquirir, adaptar y generar tecnologías nuevas. Es la restauración de las políticas de décadas atrás aplicadas en Estados Unidos o Francia para erigir los complejos militares e industriales.

En relación con este último aspecto, nada más ilustrativo que la adquisición del arsenal naviero de Alemania del Este por parte de Indonesia. Esta compra fue gestionada no por el ministro de Defensa, como pudiera suponerse, sino por el ministro Habibie, de Investigación y Tecnología. Al parecer, el Ministerio de Defensa desconoce incluso el monto de la transacción. Desde comienzos de los ochenta, el ministro Habibie convenció al presidente Suharto de la necesidad de acelerar la industrialización del país, desarrollando un grupo de industrias estratégicas con componentes de alta tecnología.

Así se abrió paso la idea de convertir la fuerza naval y aérea en un mercado cautivo para empresas estatales PT PAL, de astilleros, y la aeronáutica Industri Pesawat Terbang Nusantara. Adquirido como chatarra, a un costo de 12 millones de dólares, el paquete alemán se compone de 16 corbetas Parchim, tanques anfibios y 9 barreminas. Lo interesante es que esos vehículos van a ser restaurados y equipados con dispositivos de tecnología avanzada, a un costo --que se calcula-- superior a los US\$600 millones.

Partiendo de la ambigüedad de este último incentivo, tenemos que reconocer la existencia de signos contrarios en el panorama de los intereses estratégicos en Asia Pacífico.

Corrientes inversas al intento de despliegue nacional violento amortiguan y difieren el destape de conflictos bélicos en la zona. La alta motivación que habrá de perpetuar la fase de prosperidad incentiva la estabilidad, al ensanchar los nexos entre los países. Es así como después de varias décadas de distanciamiento, se han renovado las relaciones provechosas entre China y Corea del Sur, Rusia y el territorio taiwanés, Corea del Sur y Rusia, China y el sudeste asiático, etc.

Comenzando por China, los intentos de control hegemónico en la región no tienen crédito. El vicepresidente Li Lanqing, como vocero del gobierno de Pekín, afirma que «China no busca (establecer) una esfera de influencia y no tiene intenciones de llenar el 'vacío' dejado por la guerra fría, y se opone fuertemente a la división del mundo en esas esferas». Como si fuera poco, desde tiempo atrás, los chinos aseguran que, en caso de guerra, no serán los primeros en recurrir a las armas atómicas.

Tal parece que por ahora el mejoramiento bélico no conduce a un agravamiento de las relaciones entre los países de Asia del Pacífico. Sin embargo, es un movimiento arriesgado, en el que, cual niños, estos países pueden estar jugando con el fuego. La estructura de seguridad de la región más próspera del Pacífico pasa por un momento en el que las presiones para aprovechar los nuevos espacios dejados por las grandes potencias se combinan con la necesidad de garantizar el bienestar. Sus determinaciones pueden degenerar en una escalada armamentista aguda o desbrozar el ámbito de instrumentos formales, cooperación económica y seguridad regional.

Hasta el momento, la compleja disparidad económica, política y cultural del oriente de Asia ha sido el principal obstáculo para el establecimiento de un organismo de seguridad regional. En cierta medida, la Asean tuvo ese origen: un cuerpo exterior dirigido hacia la cooperación económica; en el fondo se trataba de una alianza contra los embates comunistas.

Siendo el sudeste asiático, a excepción de Filipinas, la zona en donde la renovación armamentista es más evidente, no causa extrañeza la convocatoria en el mes de julio del Foro de Seguridad Regional auspiciado por la Asean (Brunei, Filipinas, Indonesia, Malasia, Singapur y Tailandia). Junto con los miembros de este organismo subregional, participan Japón, Estados Unidos, China y Rusia; Laos, Vietnam y Papúa Nueva Guinea, son países observadores. Por ser el primero de los eventos de esta naturaleza, las conclusiones no pueden ser radicales. Sin embargo, la importancia de esta convocatoria reside en el hecho de iniciar un proceso en el cual, poco a poco, va a crearse un ambiente para tratar problemas espinosos en la región como el despliegue armamentista, el material atómico y las disputas territoriales. En los próximos años allí se va a tener la oportunidad de ver hasta qué punto estos países buscarán fórmulas para detener o diluir los conflictos que puedan atentar contra el buen desempeño económico de la región.

Las diferencias culturales, la disparidad en el tamaño de los países y en el grado de desarrollo, así como el recuerdo --todavía vivo-- de los estragos de la política expansionista de otros tiempos, son barreras para un posible acuerdo formal de seguridad. Además, la región no tiene la experiencia para negociar y erigir instrumentos colectivos. La única institución multilateral en la zona es la Asean, razón por la cual no son muchas las posibilidades de que, en un futuro cercano, se constituya una unidad o una estrategia militar asiática, que duplique la división triple del poder económico mundial, con centros en Asia, Norteamérica y el este de Asia.

Para limitar el potencial conflicto de intereses estratégicos en el Pacífico asiático, es preciso cambiar de escenario y de perspectiva. La vía más idónea y oportuna para desactivar la competencia armamentista en Asia, reside en el fortalecimiento de la cooperación multilateral de la Cuenca Pacífica; por medio de ésta la dinámica del este de Asia se puede inscribir en un horizonte más amplio e íntegro.

Cooperación e intereses

En la posguerra, el Pacífico tuvo una correlación de fuerzas en la que primó la presencia del poder militar de Estados Unidos, con el contrapeso y el desafío de la Unión Soviética y China, en una parte del borde occidental del océano. Esta tensión presentó fases de lucha abierta en la península coreana y en la indochina. Con sus irrupciones en el norte de Corea y en Vietnam, la Unión Soviética logró abrir un boquete al paraguas protector desplegado por Estados Unidos. Tras el fiasco estadounidense en Vietnam, se temió un mayor dominio soviético en el Pacífico, dando lugar a una *pax* soviética.

Como si la presión soviética no fuera suficiente, China realizó su propia ofensiva. Esta fue particularmente intensa durante la época de la Revolución Cultural, cuando la diplomacia revolucionaria buscó encender la llama maoísta en muchos lugares del mundo. En el sudeste asiático tuvo efectos inmediatos, y la conformación de la Asean tuvo que ver con la necesidad de contener la insurgencia izquierdista.

Ni los embates soviéticos ni el maoísmo pudieron sustituir por una «*pax* soviética» o «una *pax* sónica» la *pax* americana en el Pacífico, sustentada en acuerdos y programas con países que se desempeñaron cual fortines: Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Japón, Taiwán y el grupo de la Asean. Tampoco ha tenido fundamento la «*pax* nipona», fenómeno sobre el cual se especuló bastante, dada la enorme estructura industrial y la tecnología de punta con el control del Japón, lo cual podría multiplicar y convertir en instrumento para la búsqueda de la hegemonía regional. A pesar del interés de ciertos mentores en impulsar un desarrollo de esta naturaleza, la mayoría de los partidos políticos y la opinión pública son reacios a la remilitarización japonesa y, mucho más, al regreso del delirio expansionista.

La disminución de la presencia militar de Estados Unidos en el Pacífico es inevitable. Dos fuerzas concurren para que este desenlace sea una realidad. Por

una parte, el peso abrumador que para una economía de crecimiento leve significa el despliegue exagerado de sus brazos militares en el mundo. Por otra parte, su principal contrincante perdió consistencia.

El desmantelamiento de las bases militares en Subic y Clark, en Filipinas, y el deterioro del equipo bélico de Rusia evidencian la nueva realidad del Pacífico: no es más un escenario para el enfrentamiento entre esas superpotencias. Ese retiro crea un vacío de poder, con posibilidades de ser llenado y atendido por otros actores, alimentando la escalada armamentista en Asia oriental, la zona estratégica más móvil hoy por hoy.

Para impedir el forcejeo por los espacios estratégicos, conviene aprovechar los instrumentos pampacíficos. Aunque no nacieron con ese objetivo explícito, en gran medida los logros a través de los organismos de cooperación económica desplazan la presión de la dimensión estratégica como asunto preferente para los países.

Después de 15 años de tanteo, el PECC ha consolidado una forma de trabajo particular en la que convergen los puntos de vista y las propuestas de los gobiernos, los empresarios y los intelectuales de 22 países de la Cuenca. Desde mucho tiempo atrás, por nacer en 1967, viene funcionando el Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC), el cual se ha constituido en una poderosa red empresarial extendida por 15 países. Acaba de tomar vuelo, así mismo, una agrupación mucho más promisoriosa, en cuanto a los asuntos de seguridad de la Cuenca se refiere: el foro APEC. Descargando buena parte de la solución de los conflictos económicos a los dos anteriores organismos, el APEC podría concentrarse en la búsqueda de salidas multilaterales a los problemas políticos y estratégicos de la comunidad del Pacífico. En este momento histórico, si algo requiere la integración del Pacífico es una buena dosis de pragmatismo.

Una vez acabada la guerra fría, que durante cuatro décadas enfrentó a las dos superpotencias, el mundo

empezó a transitar una vía ignota y azarosa. Los dirigentes políticos, los arquitectos del pensamiento, los funcionarios y hasta la mente común se habituaron a la dinámica internacional propulsada por dos grandes fuerzas encontradas.

Con el colapso de la Unión Soviética y su vasta área de influencia, esa estructura se diluyó. Otras fuerzas y nuevos actores tienen ahora la oportunidad de intervenir y destacarse. Este escenario inédito suele ser reconocido como el nuevo orden internacional, que no es un ordenamiento dado, preestablecido y sólido, sino una reestructuración que va tomando forma en la medida en que es construida. Su modificación presenta dos características notables: coincide con la última década del presente siglo y el segundo milenio, y en ella la zona del Pacífico tiene un papel sobresaliente.

Durante cuatro décadas la mayor parte de la Cuenca Pacífica ha disfrutado la seguridad dada por el paraguas protector de Estados Unidos. El Pacífico de América y de Oceanía vivieron y aprovecharon el ambiente de tensión mínima en sus áreas. No sucedió lo mismo en el Pacífico de Asia, en donde la confrontación y las acometidas contra el esquema defensivo estadounidense fueron violentas. Sin embargo, de un momento a otro, la pugna perdió vigencia, y los países ubicados en esa región se ven impelidos a reformular su geopolítica.

Con un poder económico creciente, los países del Pacífico asiático alimentan la expansión de sus aparatos militares, los cuales sofistican con aportes logrados afuera o con el desarrollo de su propia tecnología. El estímulo dado por el perfeccionamiento del armamento es una vía que puede conducir al mejoramiento de la oferta de manufacturas de consumo masivo y por ese medio afianzar el proceso de industrialización. Sin embargo, en una zona donde perseveran las tensiones de la guerra fría, donde existen territorios en disputa y en donde se carece de organizaciones regionales multilaterales que distiendan, es una opción de alto riesgo.

Sin tener objetivos explícitos relacionados con la contención de los intereses geopolíticos o de disuasión militar, los organismos de cooperación económica desempeñan una función política clave en la práctica, cual es la de desestimular las vías de la fuerza y la presión militar sobre los demás países. La cooperación económica que toma a los demás países como socios, surge como el mayor antídoto contra la erupción de conflictos regionales; y, al revés, los choques comerciales avivan la llama bélica. Como sostiene el gobierno chino, «la historia de las dos guerras mundiales muestra que un autodesarrollo exclusivista lleva a la división del mundo en esferas de influencia, a un desbalance creciente en el desarrollo y a una lucha por el acceso a las materias primas, los mercados, el capital y la tecnología».

Desde la perspectiva colombiana, esta compleja composición de fuerzas y de intereses estratégicos en el Pacífico, conviene reconocer el ambiente y prevenir los desarrollos futuros.

Se tiene, como nunca antes una gama amplia, con elementos renovados o inéditos, para ampliar la política exterior. Más allá de la consideración estratégica soportada sobre la parafernalia militar, es preciso conocer, sopesar y aprovechar las nuevas vertientes temáticas que permiten ampliar la capacidad de negociación internacional. Algunas de ellas son la desnuclearización, la preservación de los recursos marinos y continentales, la seguridad alimenticia, los derechos laborales, los derechos políticos o la cooperación económica y técnica.

Como miembro del PECC y del PBEC, Colombia ganó espacio valioso en el proceso y en la estructura multilateral del Pacífico. Queda pendiente el ingreso al APEC, pero antes de que eso ocurra vale la pena prepararse para mejorar el cúmulo material y teórico que se va a ofrecer, pues no se trata tan sólo de intercambiar bienes, sino de proponer, con ingenio, fórmulas para enfrentar los numerosos y espinosos retos que, cada día, le aparecen a la comunidad pampacífica.